



LA LIMPIEZA

Todos estamos de acuerdo en que para comer bien y á gusto, es cosa esencialísima que el mantel esté blanco y hermoso, que los platos estén limpios, que no haya pelos en la sopa, que el cuchillo esté seco y reluciente y no le hayan quedado restos de lo que cortó el día ántes. También me parece que á todos nos gusta que el vaso en que bebemos esté limpiito, y que el agua sea clara y límpida, y todavía nos parecerá mejor si es acabada de coger en la fuente que si nos la presentan extraída del fondo de una vasija poco limpia.

Pues, niños míos, si os gusta que os sirvan la comida con la limpieza, y no os gusta beber agua sucia, también os debe gustar estar siempre muy limpios vosotros mismos, ¿no es verdad?

¿Os parece un poco inconveniente mi pregunta? Creed que mejor quisiera hablaros de otro asunto, porque es difícil tratar delicadamente de la... ¿cómo diré?... de la porq... no, no diré esa pa-

labra... de la suci... vamos, diré de la falta de limpieza.

Puede que digais:

—¿Y qué nos viene V. á decir á nosotros de ese asunto?...

Enhorabuena; si á vosotros, lectores míos, no hay para qué hablaros de ese asunto, mejor que mejor para vosotros; figuraos entónces que hablo con un niño cochi... digo, pue... es decir, poco limpio, y me parece que tampoco perderéis nada por saber lo que le digo á ese niño, que tiene la desgracia, ó mejor dicho, el feo vicio de ser un grandísimo coch... digo, de ser poco limpio.

¿Por qué no eres limpio?... pregunto al niño que no lo es; y ya sabemos que no aludo á ningun lector de LOS NIÑOS.

¿Por qué esta mañana no te has lavado más que la punta de la nariz?... ¿Por qué gastas con tanta economía el agua?... En tu cuello veo ciertas sombras sospechosas, que sin duda proce-

den... de que no te has lavado bien.

Pero, hombre, ¿y esas orejas?... Aunque no es muy agradable que digamos, voy á tomarme el trabajo de examinar tus sombrías orejas. Bien se conoce que haces de ellas poquísimo caso, y en verdad te digo que no hay nada más feo que unas orejas sucias, las tuyas, por ejemplo. La más bonita oreja es fea y asquerosa si no está limpia como el nácar sonrosado.

Puede que me digas que las orejas, por el sitio que ocupan en la cabeza, escondidas entre el pelo, nadie las ve; ya supongo yo que tú no te las ves, pero todos los demás te las ven al momento, como tú se las ves á los demás.

Tu mamá y tu papá, cuando estés comiendo con ellos, te las verán muy bien, y también los convidados, si los hay, y estos no manifestarán su disgusto, porque serán bien educados y tolerantes, pero no podrán menos de pensar:—¡Jesus! ¡qué niño tan puer... tan poco limpio!

Chico, chico, ven acá, que te voy á decir lo que has tomado esta mañana; todavía tienes en el lábio una manchita de chocolate, y esa amarillenta que tienes en la barba debe ser de huevo seguramente. Quien te vea así ya podrá contar que has almorzado chocolate y huevo.

¿Por qué ocultas el rostro con las manos? ¡Ah! ya adivino; para que vea yo que estás muy disgustado, muy triste, y no tienes humor de pensar en nada, ni en ti mismo. ¿Quién te se ha muerto, hombre, que hasta las uñas las llevas enlutadas?

¡Ah! ¿te incomodas ahora... y me haces observar que no te cuidas de ti mismo, porque no eres presumido como Fulanito y Zutano? Bien, no serás

presumido; pero una cosa es ser presumido y otra es ser puer... digo, poco limpio. La presunción es, sin duda, un defecto, pero la falta de limpieza es otro.

Y si á ti no te importa no estar limpio, les importa mucho que lo estés á los que viven contigo, á los que te aman; á los que sufren viendo tus imperfecciones, y se alegrarían muchísimo de hallar en ti reunidas todas las buenas cualidades.

Si á ti no te enojan tus defectos, no es esa una razón para conservarlos. No tienes derecho á ese abuso; eso fuera bueno si vivieras solo, si estuvieras en una prisión celular, ó si fueras otro Robinson, y aún de ese modo también sería un gran defecto la falta de limpieza.

¿Te gustan á ti, por ventura, los defectos de los demás, de tus amigos, por ejemplo? No. ¿Les aconsejarías tú que no se corrigiesen nunca de los defectos que á ti te parecen insoportables? Seguramente que no. Les aconsejarías, por el contrario, que los abandonasen prontamente.

Pues, entónces, ¿por qué quieres tú conservar un defecto que enoja é incomoda á los demás?

Suponte tú que tu madre estuviese enferma y tuvieras que prepararle una tisana, azucararle un vaso de agua, presentarle una medicina; ¿no te parece que la vista de unas manos tan poco limpias, desagradaría grandemente á tu pobre madre?

Es preciso que el niño y el hombre, que todos, en fin, en todas las clases de la sociedad, sean limpios y agraden y sean simpáticos á sus semejantes.

La limpieza es la virtud del cuerpo. Cinco minutos despues de levantarte

debes lavarte perfectamente, sin tener miedo al agua fresca, que es sumamente saludable.

Lo mismo para estar en casa que para salir, debe un niño ponerse limpio, lavarse bien y no dejar esto para cuando va á ir de visita. La limpieza es una costumbre fácil y provechosa que debe adquirirse desde la más tierna edad; de lo contrario, se adquiere la de no ser limpio, y esta sí que es perjudicial al buen concepto y á la salud de la persona.

El agua es una gran cosa, y hay que amar, que adorar al agua. Así como riegas el rosal de tu ventana, debes regar también las rosas de tus mejillas. En la naturaleza todo necesita agua. Los ríos contienen el agua con que se limpia el universo: cuando sube el agua de los ríos en vapores al cielo, cuando estos se condensan en nubes, no lo hacen con otro objeto que con el de bajar á limpiar la tierra. Las nubes son las esponjas que lavan los bosques, las montañas y los valles. Si la tierra se viese privada de agua, la tierra perecería. ¿Y tú tienes la pretension de sustraerte á esa ley de la purificación por medio del agua, que es la ley universal?

Un niño feo, es ménos feo si es limpio; un niño hermoso, como tú, parece mucho más hermoso.

La belleza, si no es limpia, no es belleza, y es tanto más odiosa, cuanto que desfigura la obra de Dios, lo que Dios ha hecho hermoso.

¿Hay nada más interesante, que mejor inspire la caridad y la simpatía, que la pobreza limpia?... Por el contrario, no hay nada más ridículo que un rico desaseado, sucio.

La limpieza, hijo mio, es la única de las apariencias que es preciso conservar con cuidado.

A nadie le gusta acercarse á una casa que exhala olores fétidos. La casa que tu alma habita es tu cuerpo; es preciso que la casa no haga pensar mal del habitante.

En fin, niño, ningun sacrificio tienes que hacer para corregirte de ese defecto; no necesitas tener otra cosa que buena voluntad y un jarro bien grande de agua, que no faltará en tu casa, y aún puede que tengas tu lavabo bien acondicionado, con el jabon correspondiente, que también te recomiendo, y el cepillito para las uñas, y todo lo necesario.

Niños, si teneis algun amiguito como ese á quien yo me he dirigido en este artículo, no dejéis de leérselo, á ver si se corrige del defecto de ser un grandísimo cochi... es decir, de ser poco limpio.

Y no le debéis recomendar solamente la limpieza en las manos, en la cara, en las orejas, sino también la limpieza en el traje, por modesto y por viejo que este sea.

No hay nada más feo que un traje con manchas, que indican que sobre él se han puesto los dedos sucios, ó que el niño tiene horror, no sólo al agua, tan saludable para el cuerpo, sino también al cepillo, tan saludable para el vestido.

Además, es una gran falta de consideración á los pobres padres, que tantos gastos tienen sobre sí, no cuidar el traje para que dure más.

Concluyo, repitiendo que un niño puer... digo, cochi... digo, poco limpio, á nadie puede inspirar simpatías.





DON TOMÁS DE IRIARTE

Seguramente habrán oído y leído muchas veces este nombre mis jóvenes lectores; como que es el de uno de los más notables fabulistas españoles, y todos hemos aprendido de memoria sus fábulas, recitándolas en la escuela ó en familia.

Nació este ingenioso poeta en 1750 y murió en 1791. Corta fué, por desgracia, su vida, pero no estéril para la

enseñanza y para gloria de las letras españolas.

Compuso D. Tomás algunas comedias dignas de aplauso, un poema nominado *La música*, una copiosa colección de *Epístolas* y *Eglogas* y poesías de otros géneros, sobresaliendo especialmente en las fábulas, género muy difícil, como lo demuestra la poca abundancia de fabulistas de mérito.

EL ESPINO

Mira, le dijo á Sebastian su hermano,
mira ese tosco espino;
nadie á sus ramas llevará la mano;
vive sólo en la linde del camino.
¿Sabes por qué sus flores azuladas
no llegan á coger las campesinas?
Porque están rodeadas

de agudas y durísimas espinas.
¡Ay! Sebastian, el niño mal criado
es como el tosco espino abandonado.
Y aunque tenga algo bueno, considera
que estando de defectos rodeado,
no habrá quizá ni quien lo bueno quiera.

JUAN A. VIEDMA.

GEOMETRÍA DE LOS NIÑOS

(CONTINUACION)

XV.

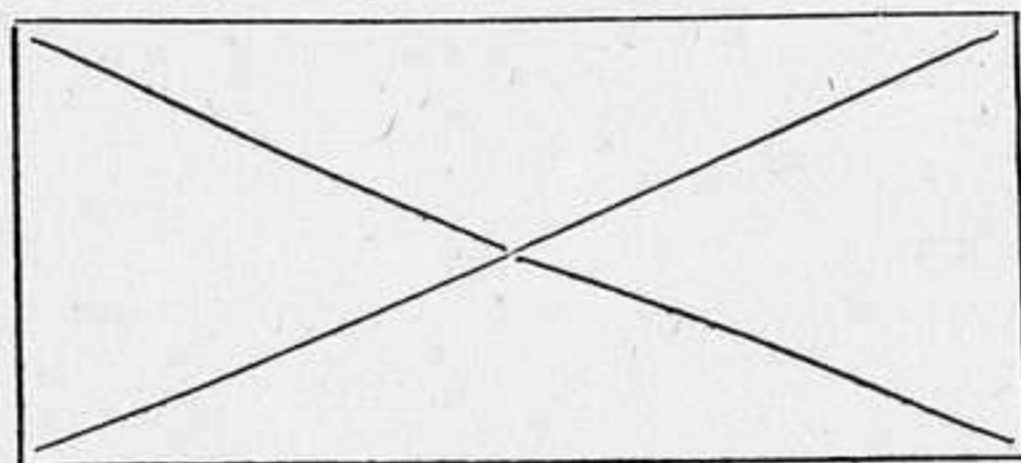
TERMINAN LOS CUADRILÁTEROS.

Mi amiguito Cárlos suspendió su lección en la tarde en que fué llamado por el papá de Rafael, al ir á explicar lo que son las diagonales de los paralelógramos; pero tuvo ocasion á la tarde siguiente de reanudar su tarea, siguiendo su interrumpida peroracion. Vosotros sabeis, lectores queridísimos, lo que es diagonal: ya lo vimos cuando

tratamos de los polígonos, y lo mismo que visteis entónces, fué lo que Carlitos repitió á sus discípulos para que estos lo recordasen.

Si no recuerdo mal, os representé en un exágono dos diagonales, y por si esto pudiese traeros alguna duda, voy á representaros estas líneas en un cuadrilátero.

Sea en un rectángulo: voy á tiraros en él las únicas dos diagonales que puede tener. Mirad qué bonitamente queda dividido el rectángulo:

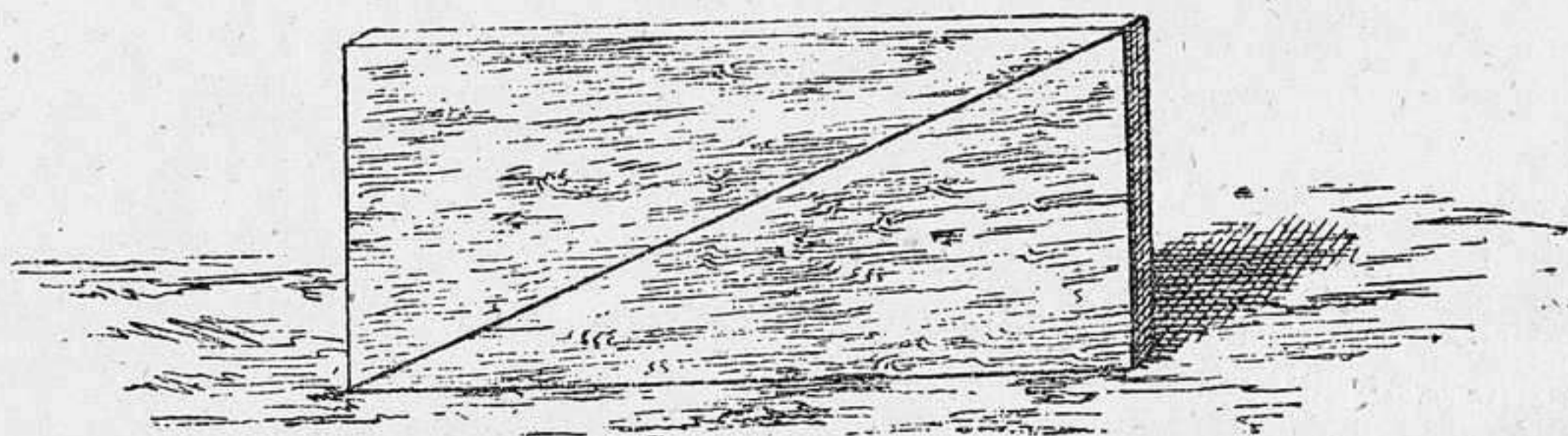


Sucedé en los paralelógramos *que las diagonales los dividen en triángulos iguales*; y de esto iba á tratar nuestro jóven profesor primeramente. Tomó, pues, la palabra y empezó así:

—Sabiendo, queridos compañeros, lo que es una diagonal, vamos hoy á considerar esta línea, no sólo en los para-

lelógramos, sino tambien en el trapecio y trapezoidé.

Tomando un rectángulo ó un cuadrado, y tirando una diagonal, esta le divide en dos partes: en efecto, mirad esta figura de madera; es un rectángulo que está partido en dos pedazos, como expresa esta figura:



Si yo separo estas dos mitades, me resultan dos figuras que todos vosotros

conoceis. ¿No es verdad, Luis, que tú sabes su nombre?

—Sí; son dos triángulos rectángulos.

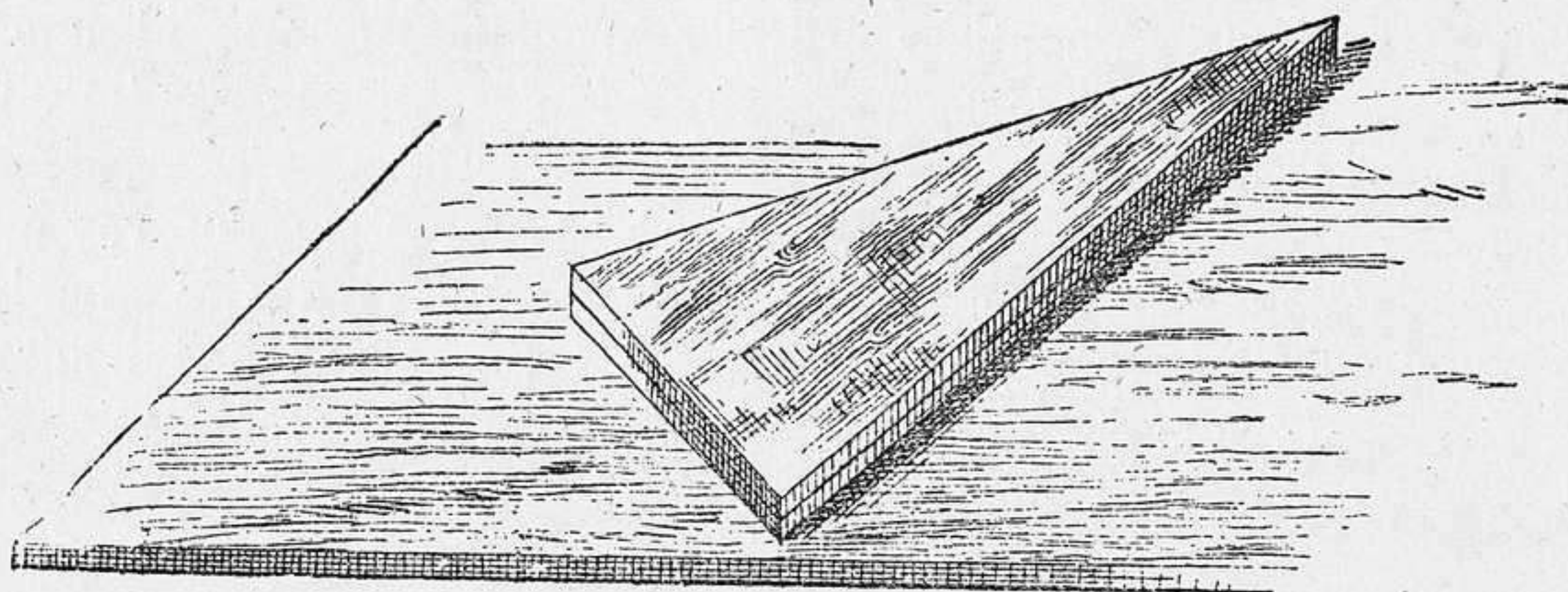
—¿Y qué propiedad tienen? ¿no lo adivinas?

—Creo que son iguales, porque por lo ménos sus lados lo son necesariamente.

—En efecto, continuó Carlitos, son dos triángulos perfectamente iguales. Voy á hacéroslo ver ahora mismo.

Mi amiguito tomó las dos medias figuras, y poniendo una sobre la otra resultaron ser iguales exactamente: no sobraba á la una ni la más pequeña porcion fuera de la otra; parecían una sola pieza de madera, tal era la exactitud con que estaban sobrepuestas.

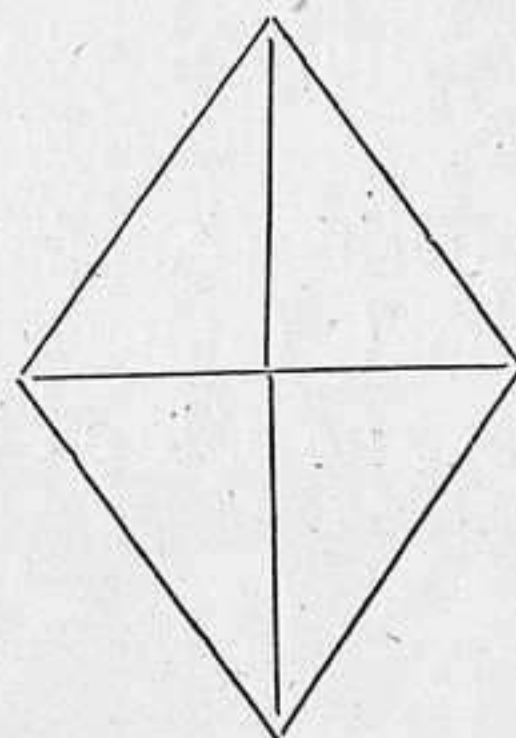
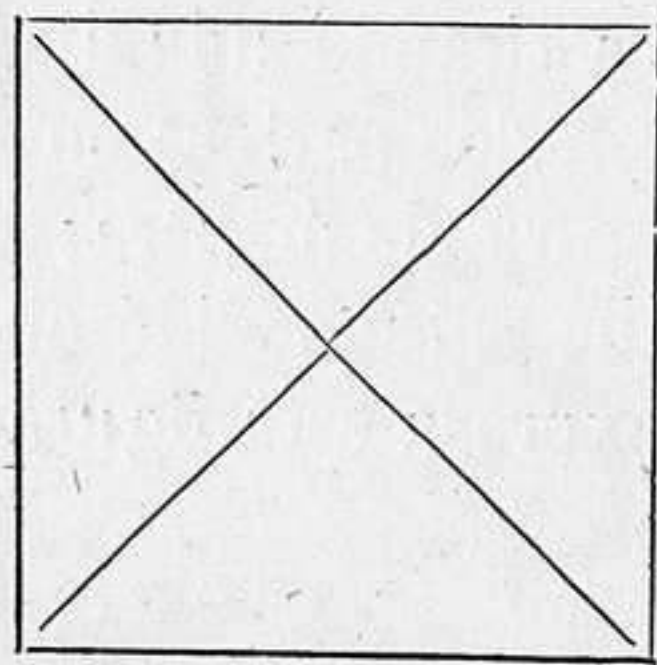
Cárlos las colocó sobre la mesa, y colocadas, presentaban la siguiente figura:



Ya veis, continuó, cómo las diagonales del rectángulo le dividen en dos triángulos iguales. Lo mismo sucede en el cuadrado y en los otros dos paralelógramos, existiendo también la circunstancia de que en los cuatro *se cor-*

tan por la mitad justamente. Además presentan estas líneas otra particularidad en el cuadrado y en el rombo. Yo quiero que veais esto por vuestros mismos ojos.

Ved lo que os dibujo aquí:



Cárlos hizo estas figuras sobre la tapa de la mesa, y después siguió así:

—¿Qué observais en las diagonales de estos dos cuadriláteros?

Vamos; tú, Luis, qué observas?

—Yo veo en ellas, dijo Luisito, lo que tú has manifestado hace poco; que

son iguales las partes en que quedan divididas, es decir, que se cortan por mitad.

—¿Y nada más?

—¿Quieres que lo diga yo? exclamó Gonzalito.

—Sí; con mucho gusto.

—Pues bien; esas diagonales son perpendiculares entre sí.

—Efectivamente, continuó Carlitos, Gonzalo ha comprendido muy bien esta particularidad. Ahora voy á reasumir lo que se ha dicho sobre las diagonales; es lo siguiente:

1.º *Que dividen á todo cuadrilátero en dos triángulos.*

2.º *Que estos triángulos son iguales en los paralelógramos, cortándose en estas las diagonales en su punto medio.*

3.º *Que en el cuadrado y rombo son las diagonales respectivamente perpendiculares en su punto medio.*

Queda concluido con todo esto, queridos niños; lo que mi amiguito Carlos habló de las diagonales, y con ello también hubiera concluido la lección si no hubiese tenido algo más que tratar respecto á las figuras de cuatro lados. Quedábale todavía que explicar los casos en que son iguales los diferentes cuadriláteros que conocéis, y de esto quiso seguir hablando mi querido amiguito.

Empezó explicando los casos de igualdad de los paralelógramos, expresándose así:

—Vamos á ver cuándo serán iguales dos cuadrados: despues lo iremos viendo respecto de las demas figuras que se comprenden bajo el nombre general de cuadriláteros.

Dos cuadrados serán iguales siempre que tengan un lado igual. Esto es evidente, sin que necesite demostración. Vosotros sabéis que estas figuras tienen sus ángulos rectos y sus lados iguales, de modo que basta la enunciada circunstancia para que sean perfectamente iguales dos cuadrados.

En el rectángulo no sucede lo mismo; ya en esta figura sólo son iguales

los lados dos á dos, y por esta circunstancia es necesario que *dos rectángulos iguales tengan iguales dos lados adyacentes.*

—¡Adyacentes! ¿Qué significa esta palabra? dijo Estéban.

—Significa, dijo Rafael, *que están juntos: lados adyacentes* viene á ser lo mismo que *lados que se tocan.*

—Eso es, efectivamente, dijo Carlos; y puesto que me habeis interrumpido, seguiré diciéndoos que serán idénticos dos rectángulos siempre que reunan la ya dicha propiedad de tener iguales dos lados adyacentes.

Pasemos al rombo; estos paralelógramos serán iguales *siempre que tengan iguales un lado y un ángulo.* Ya sabéis que esta figura se diferencia del cuadrado en que no tiene iguales y rectos sus ángulos. Como los cuatro lados son iguales, basta que dos rombos tengan dicha propiedad en dos lados, y también en dos ángulos, uno de cada uno, por supuesto, para que no exista entre ellos la menor diferencia.

Por último, tenemos al romboide y á los trapecios y trapezoides. En esto tenemos que considerar á estos dos últimos separados del primero. Analicemos desde luego al romboide.

Se diferencia esta figura del rombo en que este tiene los lados iguales y el romboide los tiene solamente iguales dos á dos. Esto es causa de que para que dos de ellos sean idénticos, sea necesario que reunan las condiciones que se necesitaban para el rombo, y además tengan otro lado igual. Puedo, pues, manifestaros que dos romboides serán iguales siempre que *tengan dos lados con esta propiedad, siendo igual el ángulo que forman, ó, si quereis, por ellos comprendido.*

Sólo nos queda considerar la igualdad de los trapecios y trapezoides. Existirá entre dos de los unos ó de los otros siempre que, divididos en triángulos, resulten estos iguales y del mismo modo colocados.

Hemos dado cima á esta parte de nuestra tarea, y para concluir de un todo con los cuadriláteros, sólo resta manifestaros á cuánto es igual la suma de los ángulos en estas figuras.

Esto no quiero yo decíroslo; prefiero que vosotros solos lo comprendais.

Considerad un cuadrilátero dividido en dos triángulos: los ángulos de estos son en conjunto los de la figura dividida, y como ya sabeis cuál es el valor de los tres ángulos de un

triángulo, saber podreis fácilmente el de los cuatro de un cuadrilátero.

—No hay más que sumar, dijo Teodoro; *dos rectos y dos rectos son cuatro rectos.*

—Así es efectivamente, continuó el jóven profesor; *los cuatro ángulos de un cuadrilátero* valen cuatro rectos.

Con esto concluyo todo lo que tengo que deciros de las figuras de cuatro lados, que nos han dado bastante que considerar; pasaremos mañana á los polígonos otra vez, puesto que sólo tratamos de ellos como cuestion incidental. Creo, por lo demas, que nuestra leccion de esta tarde no ha sido corta, ni ha dejado tampoco de tener importancia. Podemos ir á descansar, satisfechos de nuestra tarea.

LA NECESIDAD

(FÁBULA)

Anton, el molinero, cargó un dia con un costal de harina su borrico, y dijo á un hijo suyo:—«Mira, chico, coge este burro, y ve en un periquete á llevar á la tia Calandanga este costal de harina. Corre, vete.»— Enjugó con la manga una lágrima el chico, y dijo:—«Padre, yo no voy, pues discurro que me voy á ver negro si en el camino se me cae el burro, ó, como suele, hace en el polvo cama.»—«Eso, repone Anton, no te dé pena; si te sucede, llama á la Necesidad, que irá al momento y en un Jesus te cargará el jumento.»— Atizó cuatro lapos en las ancas el chico al burro, y emprendieron ambos su camino por zancas y barrancas; pero al llegar á un sitio donde habia mucho polvo, el borrico dijo, rabiando por soltar la carga:—«¡Ay, qué polvo tan rico para dormir la siesta!»— Y así diciendo, se tumbó á la larga. Palo va, palo viene, tantos el chico al jumentillo pega,

que aún en las ancas las señales tiene; pero viendo que brega inútilmente, le soltó la carga, y sólo así se levantó el jumento. —«¡Necesidad! exclama el pobre chico, ¡Necesidad! hágame usted la gracia de venir á cargarme este borrico.»— Espera un rato, pero nadie acude; vuelve á llamar, y nadie le responde, y convencido al fin de que no hay nadie que en tan penosa situacion le ayude, —«La industria, dice, ayudará mi brazo.» Y ¡qué hace? el asno arrima enseguida á un ribazo, y llevando el costal hasta allí á vueltas, por fin al asno se le planta encima, y á casa de la tia Calandanga, más alegre llegó que una charanga. Cuando volvió al molino le preguntó su padre si le habia sucedido algun lance en el camino, y el muchacho al momento le contó la ocurrencia del jumento. —«Llamé, dice, cien veces á la Necesidad, pero no vino.»— Y Anton replica:—«Te equivocas mucho, pues ella fué quien te cargó el pollino.»

ANTONIO DE TRUEBA.

LA CIRCULACION DE LA SANGRE

Tenemos en nuestro cuerpo una cosa que anda sin cesar, que continuamente marcha, sin que un solo instante deje de correr.

¿Es un animalito?

No.

¿Pues qué es eso que corre y corre, que marcha y marcha, que siempre está girando en nosotros, sin parar un solo momento, sin tener un instante de descanso?

¿Qué será ello?

No es una máquina de vapor que con su caldera encendida se mueve sin cesar; no es tampoco ningun sér ajeno á nosotros, que por una circunstancia cualquiera pudiera hallarse, como la solitaria, en nuestro cuerpo: no es nada de esto, y sin embargo, es lo cierto que en nosotros hay algo que se mueve continuamente, que no deja un momento de dar vueltas.

Vedlo: sale de un punto, sigue su camino sin necesitar guia alguno, dá mil vueltas por nuestro cuerpo, no hay sitio á que no llegue, y despues de esto vuelve desde todos los puntos á donde llegó, vuelve para llegar al punto de salida.

¿Habeis visto en las ferias esos pequeños ferro-carriles que dentro de un círculo andan, para paseo de los niños de vuestra edad? ¿No habeis querido pasearos en ellos?

Si así lo habeis hecho, habeis notado que saliais de un punto para volver á él, y que esto se verificaba hasta que el tren en miniatura paraba para dar descanso á los pequeños viajeros.

Aquí teneis representada esa cosa

misteriosa que anda sin cesar en vuestro cuerpo.

En efecto, queridos niños, tenemos en nosotros una sustancia que, constituyendo nuestro principio vital, sigue la misma marcha que el pequeño ferro-carril de que os he hablado.

Comprendo que estareis impacientes por saber qué cosa es esa de que os hablo, y que ya estareis discurrendo sobre qué será.

No os impacienteis; yo voy á decíroslo, aunque tal vez no corresponda mi confesion á lo que hayais podido figuraros.

Lo que anda en nosotros es la sangre.

¡La sangre!

Comprendo, queridísimos lectores, vuestra admiracion; vosotros no pudiérais tal vez haber comprendido que esos latidos, esos golpecitos que sentís cuando poneis vuestra mano sobre el corazon, fuesen ocasionados por la entrada en él de vuestra sangre.

Bien; me direis, y ya que nos hablais de esto, ¿por qué no nos decís lo que es ese líquido que anda sin cesar en nuestro cuerpo?

Voy á satisfacer vuestra curiosidad, explicándoos lo que sin duda deseais saber.

No es la sangre un líquido en la verdadera acepcion de la palabra, no; es un líquido en que nadan unos cuerpos muy-pequeñitos que se llaman *glóbulos*.

Vosotros habeis visto la sangre siempre roja, y no comprendéis, tal vez, que sólo sean de dicho color los mencionados globulitos. Son estos tan

pequeños, que con nuestra vista no los distinguimos; tan numerosos, que creemos ver sangre roja cuando es en realidad un líquido blanquecino en que nadan esas cositas coloradas.

Ahora voy á deciros los nombres de estas dos partes que componen nuestra sangre.

La líquida se llama *plasma*; la sólida ya sabeis que la constituyen esos cuerpecillos, que llamamos *glóbulos*.

Creo que os vais interesando en esto que os cuento; es, sin duda alguna, de mucha importancia, ya que la sustancia de que tratamos es esencial para la vida.

Quedamos, pues, en que anda en nosotros ese viajero infatigable, existiendo para él dos diferentes caminos.

¡Dos caminos! Parte el uno del corazón, y por infinitas ramificaciones va á todas las partes del cuerpo; es el camino de ida, teniendo otro de vuelta que también por muchísimos ramales va de todos los órganos al punto de salida.

Los dos nombres de esas dos carreteras de primera clase y sus ramificaciones respectivas son los que falta decir: tienen un nombre peculiar: *arterias, venas*.

Las primeras van del centro á todos los puntos; en ellas verifica la sangre su viaje de ida: las segundas de todas las partes del cuerpo al punto de salida de las primeras, son las que sirven para el viaje de vuelta.

¿Vais comprendiendo el movimiento de nuestra sangre?

Supongo que sí, si os acordais del pequeño ferro-carril en que habreis paseado: el movimiento de que os hablo tiene también su nombre: *circulación*.

¡Cuántas cosas vamos sabiendo, y qué bonita es esta lección!

Efectivamente, es una de las más importantes en la parte de la historia natural que trata del conocimiento del hombre.

La circulación de la sangre ha empezado con nuestra vida y concluirá con ella: el día en que nuestro incansable caminante se pare, pararemos nosotros, es decir, concluirá nuestra existencia.

De suerte que tenemos dentro un pequeño tirano que dispone de nosotros á su antojo; y tanto es así, que no podemos rebelarnos contra él: de ningún modo se nos permite el derecho de insurrección contra nuestro tiranuelo.

Hay, por lo tanto, queridos niños, que resistir todo lo que él quiera hacer de nosotros.

¡Vaya, que es buena cosa no poder disponer de lo que es nuestro, estar sujetos al capricho de la sangre!

No os impacientéis, lectores queridos; soportamos esa tiranía sin sentirla, sin acordarnos siquiera de ella; tal es la fuerza de la costumbre, tal la de la necesidad.

Os he dicho que teníamos dos caminos para el tirano de nuestro cuerpo, y habeis de saber que este señor varía según el camino por donde viaja. Parece que es amigo de la variación, y como que se muda de vestido á cada nuevo viaje.

¡Qué ocurrencias las de nuestra sangre!

Pues así es: se muda de vestido, como si cada vez que empieza á caminar viese sucio el que tenía puesto; y en esto hace muy bien, porque es fiel observadora de las reglas de la higiene.

Veamos, pues, dónde se encuentra el guardaropa de nuestro viajero.

En un órgano que tenemos y que se llama el *pulmon*.

Voy á explicaros esto:

La sangre sale pura del corazon, llamándose entónces *arterial*, calificativo que la ennoblece y conserva en todo el viaje de ida: entónces el caminante, como acaba de salir de su casa, va perfectamente vestido de limpio. Sucede que la sangre va soltando parte de sus principios constitutivos y quedándose viciada; se parece en este caso al viajero que ve manchada su ropa por el sudor y por el polvo del camino; la sangre viciada, como os he dicho, vuelve hácia arriba á adquirir una cosa que le da el aire y que la pone hermosa y bella como cuando salió; la sangre era *venosa* y vuelve á ser *arterial*. El caminante llega de vuelta á su casa, y lavándose vuelve á salir ya limpio.

La sangre ha llegado al pulmon y allí ha tomado oxígeno del aire, sustancia que ha adquirido, gracias á nuestra respiracion. Ya en el pulmon, no tiene más que pasar al corazon para volver otra vez á caminar.

El agua que lava á nuestro viajero es el oxígeno, y esto ya lo sabreis si habeis leído un articulito titulado *El carbono*, que escribí para este periódico, y que se encuentra en el tomo anterior. ¿Qué pensais ahora de nuestro infatigable caminante?

Tal vez creais que se cansa; efectivamente; pero cuando así sucede no puede parar, y resiste hasta lo último; entónces si pára, ya no hay remedio, no vuelve más á viajar.

Voy á manifestaros ahora quién descubrió el movimiento de circulación de la sangre.

Allá, por el siglo XVI, los españoles Miguel Serveto y Francisco Reina mencionaron este movimiento, pues el primero en una obra suya explicaba el curso de la sangre en los pulmones, y el segundo decia en un tratado de veterinaria, *que la sangre anda en torno y en rueda por todos los miembros y venas* (1). Esto no obstante, atribúyese generalmente este descubrimiento á un célebre médico inglés que vivió en el siglo XVII y que se llamó Guillermo Harwey.

Esto, que al explicároslo os habrá parecido muy sencillo, era completamente desconocido en los primeros quince siglos de nuestra era. Vosotros teneis la dicha de haber nacido ahora, cuando muchas cosas se saben; pero mayor la tendrán los que vengan tras de nosotros, porque entónces serán conocidas muchísimas que ahora se ignoran.

La sangre ocupa en nuestro cuerpo el primer puesto, nos gobierna y hace de nosotros lo que tiene por conveniente; no querais, pues, queridos niños, descuidar nunca cualquier herida por donde vuestro líquido vital pudiese salir con abundancia; y si alguna vez veis á algun desgraciado herido cuya sangre corra abundantemente, acudid á restañarla, aunque sea con vuestro pañuelo, aunque para ello tuviéreis que emplear el último giron de vuestra camisa. No os apureis por esto, que vale muy poco si se compara con el valor inapreciable de la vida de un hombre; ademas que con ello hariais una obra de misericordia aliviando la

(1) Pereda y Martinez. *Programa de Historia natural*, Madrid, 1870. Tambien encontramos estos datos en la *Zoología* de Milne Edwards, traducida por Monedero, San Sebastian, 1844; tomo I.

desgracia de un hermano; sí, porque todos somos hermanos, todos debemos amarnos y socorrernos.

Ya os he dicho lo que puede seros hoy más importante respecto á la circulación, respecto á ese ferro-carril que teneis en vuestro cuerpo y que no deja un momento de caminar.

Cuando vayais al campo y corrais mucho, llevaos la mano al corazon; si

palpita fuertemente, debeis descansar, puesto que habeis excitado vuestra sangre y circulará entónces con más velocidad; hacedlo así, para que vuestro ferro-carril ande como debe y no corra riesgo de descarrilar.

Por lo demas, dejad á vuestro viajero, que él sabe perfectamente su misión, y no se equivoca nunca en su continuo y no interrumpido viaje.

E. THULLIER.

A LA PUERTA DEL CUARTEL



¿No habeis visto algunas veces, pasando por delante de un cuartel, un ranchero que reparte las sobras caritativamente á los pobres?...

Pues entre estos pobres habeis visto tambien algunos niños, sucios, desarrapados, descalzos, que sin duda habrán excitado vuestra compasion; pero algunos de ellos son bien poco dignos de inspirarla, porque á estar sujetos en un taller, aprendiendo á trabajar, para ser luego útiles á sus padres y á sí mismos, prefieren la vida de la vagancia y el rancho del cuartel.

No son ellos, sin embargo, los más culpables, porque suele suceder que sus padres los tienen poco menos que abandonados, y no se cuidan de su porvenir dándoles alguna educacion, que alguna educacion se puede dar á los hijos, por muy pobres que estén los padres.

¡Benedicid, niños míos; á los vuestros, que os dan ese supremo bien, base de vuestra futura felicidad, y agradecedles debidamente, siendo buenos, sumisos y aplicados, los grandes beneficios que os dispensan, y que comprendereis bien cuando vosotros mismos seais hombres y tengais hijos.



EL PASTOR Y SU REBAÑO

Apenas aparece por Oriente
 la temblorosa luz de la mañana,
 cuando por la alta cima se dibuja,
 como cinta de plata,
 y á su tibio fulgor el negro manto
 de la noche se rasga;
 cuando ya palidecen las estrellas
 de mirar á la aurora avergonzadas;
 cuando se abren las flores, y las aves
 al nuevo dia cantan;
 cuando aromas y trinos lleva el viento
 de montaña en montaña,
 para anunciar el dia que amanece
 y la noche que acaba...
 un niño, un pastorcito de seis años,
 abre tambien sus ojos con el alba,
 y con traje de pieles mal sujeto
 y el zurron á la espalda,
 sale á llevar al monte su rebaño,

que impaciente le aguarda,
 y, á una seña del niño, por la puerta
 del redil le acompaña.
 Ya libres por el campo los corderos,
 en alegre manada,
 unos tras otros corren y se agrupan
 siempre en torno del niño que les guarda.
 Libres están, pudiera á otros lugares
 escapar una oveja descarriada,
 sin que el niño pastor, en su carrera,
 detenerla lograra.
 Mas no es asi; cuando el rebaño unido,
 que en libertad se vé, sabe apreciarla,
 para hacerle seguir la buena senda,
 un débil niño basta.

*Dichosos son los padres cuyos hijos
 nunca la senda del deber traspasan,
 y al paternal consejo siempre atentos,
 tan dulce y blanda autoridad acatan.*

RICARDO SEPÚLVEDA.

MAGDALENA DIXON

La mañana estaba tempestuosa y el cielo amenazador y cubierto de negros nubarrones; de tiempo en tiempo caían anchas gotas de lluvia, percibiéndose á lo lejos el ruido sordo del trueno. Cuatro encantadoras jóvenes, unas de cabellos negros y otras que los tenían rubios y sedosos, dejábanse ver entre las clemátidas, los jazmines de Virginia y las rosas que festonaban las ventanas del palacio de Nucourt. Sus bellos ojos interrogaban de continuo y con ansiedad al cielo de plomo, que, insensible á sus miradas dulces y expresivas, presentaba un aspecto cada vez más triste y sombrío.

—¡Ah, Dios mio, qué mal tiempo! exclamó la señorita Bertha.

—Parece dispuesto de propósito, añadió la joven Luisa; hace ocho días no ha llovido, y lo hará hoy precisamente...

—Sí, dijo Blanca, hoy, que debíamos ir de campo al bosque de Ranconiere.

—Otro día iremos, repuso la melancólica Emma.

—¡Oh! ¡tú tomas siempre fácilmente tu partido: tienes tanto miedo á fatigarte! Pero aquí llega el señor Ambrosio, el jardinero; vamos á preguntarle.

—¡Señor Ambrosio, señor Ambrosio! gritaron todas á un tiempo.

—¿Qué hay, señoritas? ¿en qué puedo servirles?

—Señor Ambrosio, ¿hará buena tarde?

—Ya lo creo que hará buena tarde; hará un tiempo soberbio, magnífico; lloverá á más y mejor, por dos días lo ménos.

—¡Decís que va á llover! ¿y llamais á eso buen tiempo?

—Sí, por cierto; pero es que las señoritas ignoran que lo que va á caer son alcachofas, judías, patatas, manzanas, albaricoques, rosas; y todo, sin necesidad de que yo lo riegue; ¿y aún quereis que no lo llame buen tiempo?

—Vos sois un pájaro de mal agüero, y para dejaros mal vereis cómo no llueve.

—Mirad al mar; ved qué verde está y cómo las ánades se expulgan, graznan y baten las alas; eso indica lluvia. Esperad, mirad otra señal más segura todavía; aquel palomo que se cierne sobre el palomar como diciendo á las palomas: entraos, porque la lluvia está cercana.

Oído esto por las jóvenes, todas dieron una estrepitosa carcajada.

—Reid, reid, cuanto queráis, niñas, dijo el conde de... que llegó al mismo tiempo: reid, pero Ambrosio tiene razón, y ántes de média hora vereis caer un buen chaparrón, que podrá desbaratar nuestros planes, pero que en cambio refrescará nuestros jardines y dará á las flores su brillo natural y su frescura; preciso os será permanecer en el salón toda la tarde.

—¡Y será ciertamente divertido! exclamaron las jóvenes viéndose contrariadas.

—¡Bah! hablareis, y sin perjuicio de la conversacion, ejercitareis vuestros dedos, bordareis.

—¡El bordado es tan enfadoso!

—No maldigais de ese arte, que tiene para vosotras el doble mérito de

acreditar vuestra destreza y vuestro gusto; verdaderamente seria una ingratitude. Y sobre todo, si la lluvia os retiene prisioneras, yo deseo reconciliaros con esa habilidad que exige buen gusto y elegancia. En ese ramo, ni Inglaterra, ni Italia, ni Alemania compiten con Francia, especialmente en los bordados delicados y de mucho esmero.

El tiempo vino á dar la razon á las ánades, al mar verde, á las palomas y á Ambrosio; la tormenta estalló, y el agua obligó á las jóvenes á reunirse en derredor de la mesa del salon y á emprender de nuevo sus bordados, destinados á adornar manteletas, pañuelos de mano, cuellos y otras prendas.

El conde de... leia tranquilamente su diario, cuando Bertha, su sobrina, le dijo:

—Debeis estar contento, querido tio; esta lluvia nos acredita vuestra experiencia en cuanto al temporal; pero nos habeis prometido, si llovía, hacernos una apología del bordado; llueve, y por consiguiente, teneis la palabra: nosotras os escuchamos.

—¿Creeis, sin duda, producirme con eso disgusto? pues os engañais.

No participo de la opinion de Alfonso Karr, que pregunta en una de sus obras por qué las mujeres gastan el tiempo en hacer agujeros en las telas, bajo pretexto de bordar; creo, por el contrario, que es una de sus ocupaciones más encantadoras, y que para huir de la ociosidad nunca pudo inventarse mejor entretenimiento.

El origen de ese arte, porque para mí es un arte, se remonta hasta la más remota antigüedad; la mitología griega atribuye su invencion á Minerva, diosa de la sabiduría. Tambien se ha-

bla de ella en los primeros libros de la Biblia. Practicada desde luego entre las princesas de la alta Asia, se introdujo en la Grecia por la Frigia. Gozaba entre estos pueblos, amigos de las artes, de un grande favor. Leed á Homero, y las descripciones que hace de las túnicas y de los mantos bordados por las princesas atestiguan que entre las mujeres griegas esta clase de labores estaba ya en grande estima. No os hablaré de los bordados de Elena y de Penélope, de los cuales ha llegado la fama hasta nosotros á traves de muchos siglos.

Arranquemos, por abreviar, de los tiempos caballerescos, de esos tiempos heróicos en que los guerreros no iban al combate, ni se presentaban en los torneos, sino adornados con los colores de su dama. ¡Cuántos grandes hechos de armas y cuántos rasgos sublimes no han reconocido otra causa ni otro objeto que la esperanza de merecer, como premio de la victoria, la banda bordada por una mano querida!... Os citaré aquel caballero que, sin armadura ni defensa alguna, se lanzó á la arena, donde bramaban luchando dos toros furiosos, para recoger el guante bordado que habia dejado caer la hermosa que quiso por este medio asegurarse del poder de sus encantos. Excitaré vuestro enternecimiento hácia aquel otro caballero que, al servirse, para restañar sus heridas, de la banda blanca que le habia dado una noble y digna catalana, exclamaba con entusiasmo: «¡Ah! ¡si mi dama me viese!..» Nuestra historia suministra muchos rasgos parecidos, que os probarian la influencia del bordado sobre las costumbres y sobre la bizarría de aquellos brillantes caballeros, cuya fama y

cuyo valor son inolvidables. Si me detuviera en su enumeracion, emprenderia una tarea sobrado larga, y lo que al presente quiero es solamente demostraros que el arte de que trata-

mos, frívolo alguna vez, puede conducir á la fortuna y á la consideracion, y proporcionar poderosos recursos y bienestar á poblaciones numerosas.

(Se continuará.)

LA NIÑA INDOLENTE



Esta niña es el tipo más acabado y perfecto de la indolencia; ahí la teneis, con los libros por el suelo, los muñecos rotos ó desnudos (¡con este frio!) y aburrída grandemente, como se aburre siempre la persona que no hace nada.

Creedme, niños y niñas, la indolencia es un vicio feísimo, y quien lo tiene se aburre, se cansa... de no hacer nada, mucho más que se cansaria de trabajar.

ALMANAQUE DE LOS NIÑOS PARA 1872

Desde el dia 25 empezaremos á remitir este magnífico libro á los señores suscritores que han renovado su abono por una parte siquiera del tomo V, que empezará el año próximo. Los señores suscritores cuyo abono termina en Noviembre ó en Diciembre, tienen que renovarle si desean el *Almanaque*, precioso libro, y el mejor de los de su clase que se han publicado en España y áun en el extranjero.